

DEL ESPÍRITU DE LA ÉPOCA

Dámaso López García
Universidad Complutense

RESUMEN

Una de las mejores descripciones y definiciones del Romanticismo la llevó a cabo William Hazlitt en su libro *El espíritu de la época*. Si alguien hiciera un análisis semejante en relación con la teoría y la praxis de la posmodernidad, no sería una gran sorpresa el averiguar que algunos de los nombres que vienen a la mente de cualquiera han sido atacados durante los últimos años no tanto por sus ideas sino por lo que representan. Sería un error suponer que todos los nombres representan las mismas cosas. Cuando parece ceder el furor por la teoría, puede que sea un buen momento para examinar esos nombres que mejor representan el espíritu de la posmodernidad.

PALABRAS CLAVE: teoría crítica, posmodernismo, evaluación, valores críticos, la sociedad y la teoría.

ABSTRACT

We owe to William Hazlitt's *The Spirit of the Age* one of the best known descriptions and definitions of Romanticism. If anybody would like to make a similar analysis in regard to postmodern theory and praxis it might not be a great surprise to find out that some of the names that immediately come to mind to many people have under persistent attack in the past years not so much for their ideas but rather for what they represent. It would be a mistake to take for granted that all names represent the same things. As the furore for theory seems to abate, it seems to be high time to assess which are those names that best represent the spirit of postmodernity.

KEY WORDS: Critical theory, Posmodernism, assessment, critical values, society and theory.

En una reseña que tenía como objeto de interés principal un libro de matemáticas sobre el que, según todos los indicios, sobrevolaba el espíritu de la posmodernidad, podía leerse lo siguiente:

No es fácil describir en pocas palabras —bueno, quizá tampoco en muchas— esta nueva tendencia exitosa en algunos estados de los USA, sobre todo en California. El lector puede hacerse una idea de lo que le espera si se le advierte de que las palabras más frecuentes son «multiculturalismo» y «equidad» en vez de, digamos, «número» y «función». Aunque a veces se afirma tener interés en que «se entiendan



los conceptos», se considera que lo importante no es obtener respuestas correctas, sino la práctica gozosa del trabajo en grupo para hallarlas. La búsqueda de demostraciones más o menos rigurosas de los resultados, un valor claramente a la baja, es suprimida o relegada a lugares secundarios. No es fácil, por otra parte, encontrar una tendencia de la matemática a la que responda todo esto, y la respuesta que se le puede ocurrir al observador bien intencionado —el gran impulso que ha tenido en los últimos años, en parte gracias a las computadoras, la llamada *matemática discreta*: teoría de grafos, combinatoria, probabilidad finita, etc.— no es la adecuada, visto que, como señala agudamente Gardner, se prescinde casi por completo de la mina de material didáctico que es la matemática recreativa. Nos cuenta también Gardner que en un libro de más de 800 páginas (y que cuesta 56 dólares, estamos en USA) se plantea el problema de hallar la media de helados comidos por treinta alumnos durante ocho días, y la respuesta es $30/8 = 3,75$. Sí, el lector no está ante un fallo grave del linotipista, para «resolver» el problema no hace falta saber cuántos helados comieron los alumnos¹.

Es fácil describir en pocas palabras lo que quiso decir el autor de esta reseña: se ha transferido, sobre todo en California, a la esfera de conocimientos de la matemática parte de un vocabulario («multiculturalismo» y «equidad») que proviene del campo de los estudios culturales, y se trata de un lenguaje que carece del rigor que ha caracterizado siempre los estudios científicos; esa alegre y nueva insistencia en «la práctica gozosa del trabajo en grupo» desvía el interés por el resultado científico, y lo orienta hacia la praxis social y la didáctica de la investigación, las cuales, de forma natural, parece que empiezan a convertirse en un fin; y este hecho vulnera las reglas del juego científico. No es tan fácil comprender, sin embargo, por qué un libro de más de ochocientas páginas no debe tener errores, ni tampoco por qué ha de verse libre de ellos un libro que cueste cincuenta y seis dólares; y no es tan fácil porque si el razonamiento es el que parece ser, entonces, el problema de los errores se habría resuelto de forma muy sencilla: los libros que cuenten más de ochocientas páginas, y que cuesten más de cincuenta y seis dólares, estarán libres de errores.

La actitud que reflejan las líneas anteriores, a mi juicio, revela, con su pintoresquismo incluido, que una de las tradicionales disputas de la historia de la cultura, la disputa entre la cultura literaria y científica, se ha reavivado de forma impensada. Pero la actitud del autor de la reseña refleja que ya hay toda una corriente de opinión favorable a castigar lo que se considera una transgresión injustificada. Algo ha debido de ocurrir para que los científicos se sientan, de repente, no sólo amenazados, sino, además, interesados por la retórica y el uso metafórico del lenguaje crítico.

Hace apenas unos años, en 1996, la prestigiosa revista americana *Social Text* admitió para su publicación un artículo que había presentado un profesor de física de la Universidad de Nueva York, Alan D. Sokal; el título del trabajo era, franca-

¹ Jesús HERNÁNDEZ, «¿Nueva matemática moderna o matemática posmoderna?», *Revista de Libros*, núm. 37, 2000, p. 26.



mente, impresionante: «Transgrediendo fronteras: hacia una hermenéutica transformativa de la gravedad cuántica». El artículo apareció erizado de notas a pie de página, algo más de un centenar, y, por si esto fuera poco, lo acorazaba una copiosa bibliografía de artículos y libros, todos ellos consultados y citados, que sobrepujaban las doscientas fichas.

Este artículo, en su disposición retórica y en su desarrollo, no difería grandemente de muchos otros artículos que se han leído durante los treinta años últimos sobre asuntos más o menos parecidos. Acaso el estilo era algo más barroco de lo acostumbrado; abundaba en esa pedantería quizá un tanto hierática, tan característica del que se siente en campo ajeno; la predilección del autor por las fórmulas matemáticas, por otra parte, podía justificarse por su formación, la formación de un aficionado a los estudios de crítica que se sentía más a gusto en el campo de las demostraciones científicas. Sin embargo, nada decía el artículo que no pudiera defenderse de forma figurada, si se entiende que el uso del lenguaje que se hace en un artículo de estas características se halla muy alejado del uso que se hace del lenguaje en una demostración matemática. Si alguien lee algo así como: «lo esencial no cambia», y lo lee en un tratado de física o de matemáticas, atribuirá a esa enunciación un significado diferente, por ejemplo, que si lo oye decir a Vladimir en una obra de Beckett, sea, por ejemplo, *Esperando a Godot*, donde, en efecto, Vladimir lo dice en el acto I². La frase es la misma, pero en un tratado de metafísica se entenderá en su sentido más literal, mientras que en boca de este personaje ningún lector podrá soslayar la distancia paródica e irónica que el contexto hace inevitable. Si esa misma frase se lee en una revista como, por ejemplo, *Social Text*, es seguro que su significación habrá cambiado de nuevo. Pero estas observaciones quizá anticipan lo que debe demostrarse.

Exactamente, ¿qué es lo que decía el autor de «Transgrediendo fronteras: hacia una hermenéutica transformativa de la gravedad cuántica»? No es fácil describirlo ni en pocas ni en muchas palabras, de forma que mediante un par de citas intentaré traer a estas páginas algo que permita captar el modo retórico que prevalece en el artículo del físico de la Universidad de Nueva York:

Pero hay en la ciencia del siglo XX cambios fundamentales que han socavado la metafísica de Descartes y Newton: los estudios revisionistas de la historia y la filosofía de la ciencia han arrojado nuevas luces de incertidumbre sobre su credibilidad; y, más recientemente, la crítica feminista y postestructuralista han despejado las dudas en torno a los contenidos fundamentales de la práctica científica occidental, y han revelado la ideología del dominio oculta tras la fachada de la «objetividad». Es cada vez más evidente que la «realidad» física, no menos que la «realidad social», es, en el fondo, una construcción lingüística y social; que el conocimiento «científico», lejos de ser objetivo, refleja y comprende las ideologías dominantes y las relaciones de poder de la cultura que las engendra, que las pretensiones de la

² Samuel BECKETT, *Waiting for Godot*, Londres, Faber and Faber, 1988, p. 21.



ciencia acerca de la verdad están, en lo fundamental, íntimamente cargadas de teoría y son autorreferenciales, y, en consecuencia, que el discurso de la comunidad científica, a pesar de su innegable valor, no puede arrogarse una condición epistemológica privilegiada en relación con otros discursos antihegemónicos que emanan de comunidades marginalizadas o disidentes. Puede trazarse la historia de estos temas, a pesar de las diferencias de énfasis, en el análisis de Aronowitz del tejido cultural que hizo nacer la mecánica cuántica; en el análisis de Ross de los discursos opuestos de la ciencia post-cuántica; en las exégesis de Irigaray y Hayle del código de géneros de la mecánica de fluidos; y, en fin, en la crítica de Harding de la ideológica de la división de los géneros que subyace a las ciencias naturales y a la física en particular.

Mi intención es la de llevar estos profundos análisis un paso más allá, tomando como punto de partida los últimos avances en materia de gravedad cuántica, esa nueva rama de la física en la que se funden y se superan la mecánica cuántica de Heisenberg y la teoría de la relatividad general de Einstein. En la gravedad cuántica, como veremos, el múltiple espacio-temporal ya no existe como realidad física objetiva, la geometría se convierte en algo relacional y contextual; las categorías fundantes de toda ciencia pretérita, entre ellas la de la propia existencia, se convierten en un problema y se relativizan. Pretendo demostrar que esta revolución conceptual tiene profundas implicaciones para una ciencia futura posmoderna y emancipadora³.

El primer párrafo de esta cita venía robustecido por siete notas que proporcionaban otras tantas referencias documentales que cada alusión solicitaba a diferentes obras o autores. Quizá le haya pasado inadvertido al lector, y, por si acaso, lo señalaré como pruebas acusatorias en el repertorio de profesor Sokal. En estos dos párrafos, aparentemente inocuos, se dicen cosas que son contrafácticas; se dice, por ejemplo, prueba número uno, que la realidad objetiva no existe: «el múltiple espacio-temporal ya no existe como realidad física objetiva». Se dice también, prueba número dos, que la ciencia no ocupa ahora un lugar de privilegio a la hora de reclamar para sí un criterio de hegemonía epistemológica respecto de otras formas del conocimiento: «el discurso de la comunidad científica, a pesar de su innegable valor, no puede arrogarse una condición epistemológica privilegiada en relación con otros discursos antihegemónicos que emanan de comunidades marginalizadas o disidentes».

Me permitiré traer aquí una cita más, una cita en la que el autor deja atrás la justificación doctrinal, y se zambulle en la glosa científica de una observación de Jacques Derrida:

En términos matemáticos, la observación de Derrida se relaciona con la invariancia del campo de ecuación de Einstein $G_{\mu\nu} = 8\pi GT_{\mu\nu}$ bajo difeomorfismos espacio-temporales no lineales (autocartografía del múltiple espacio-temporal que son infini-

³ Cito y traduzco el artículo por su edición, en un apéndice documental, en el libro de Alan Sokal y Jean Bircmont, *Fashionable Nonsense*, Nueva York, Picador, 1998, pp. 213-4.

tamente diferenciables pero no necesariamente analíticos). El punto clave es que este grupo de invariancia «actúa de forma transitiva»: esto quiere decir que cualquier punto espacio temporal, si es que existe, puede transformarse en otro. De forma que el grupo de invariancia de infinitas dimensiones erosiona la diferencia entre observador y observado; la π de Euclides y la G de Newton, que se pensaba que eran constantes y universales, se contemplan ahora en su ineluctable historicidad; y el observador imaginario necesariamente se descentra, se desata de cualquier vínculo epistemológico a un punto espacio-temporal que ya no puede definirse sólo mediante la geometría⁴.

El lector habrá advertido por su cuenta que el uso que se hace aquí de la lengua es muy curioso. La primera cuestión que debe abordarse aquí es la función de ese uso, porque es una verdad palmaria para cualquier lector que las convenciones retóricas de este modo de análisis crítico proceden del campo de los estudios culturales, de los análisis de las condiciones de la producción y consumo intelectual, los cuales, a su vez, son análisis que, a través de los afluentes secundarios, Foucault y Althusser, por ejemplo, pueden llevar al río principal, a Karl Marx. En segundo lugar, debe considerarse lo que dice el profesor Sokal. Que las condiciones de la producción científica son producciones mediadas ideológicamente no creo que sea algo discutible, porque cualquier actividad definida socialmente que entrañe una decisión, sea del campo de estudio, sea de un elemento estudiado concreto, sea la relación de éste con unidades más amplias de organización, implica decisiones que no pueden tomarse sin consensos o imposiciones sociales, sin decisiones políticas. Estas decisiones, me apresuro a decirlo, ni siquiera tienen que justificar su legitimidad ante los simpatizantes de la cultura de la sospecha, se sitúan en un terreno anterior, en un terreno en el que se halla, sencillamente, por el hecho de ser decisiones. Otra cosa es la enunciación de las leyes científicas, que, como tales, están sujetas a revisión permanente mientras se espera que nuevos datos las modifiquen, las mejoren o las vuelvan inútiles, siendo así, necesariamente, tanto documentos de civilización como de barbarie. Pero, incluso en esa enunciación, no podrán eludir esas leyes llevar un exceso de equipaje que, sin duda, procederá de las condiciones culturales en las que nacen. Nadie sentirá la tentación de comprobar personalmente

⁴ *Ibíd.*, p. 224. No me resisto a citar en su lengua original la sabrosa prosodia del profesor Sokal para que el lector la saboree a su conveniencia: «In mathematical terms, Derrida's observation relates to the invariance of the Einstein field equation $G_{\mu\nu} = 8\pi GT_{\mu\nu}$ under nonlinear space-time diffeomorphisms (self-mappings of the space-time manifold which are infinitely differentiable but not necessarily analytic). The key point is that this invariance group 'acts transitively': this means that any space-time point, if it exists at all, can be transformed into any other. In this way the infinite-dimensional invariance group erodes the distinction between observer and observed; the π of Euclid and the G of Newton, formerly thought to be constant and universal, are now perceived in their ineluctable historicity; and the putative observer becomes fatally de-centered, disconnected from any epistemic link to a space-time point that can no longer be defined by geometry alone». Soy perfectamente consciente de que mi traducción adolece de ciertos defectos, pero, sin duda, contribuyen a respetar el sentido del texto original.

si la ley de la gravitación universal de Newton se cumple mediante el recurso a arrojarse por una ventana de un vigésimo primer piso (ejemplo del profesor Sokal), pero no dejará de arrojarse sólo porque crea que esa ley física es falsa o verdadera, sino por el mismo temor que podría impedir a un físico atómico recurrir a ese sistema de comprobación, porque si resultara ser verdadera, el experimento habrá acabado con la vida del científico. Sin embargo, que el conocimiento de la ley de la gravitación universal se adquiriera precisamente en el siglo en el que se adquirió, y en las circunstancias en las que fue posible, algo dice sobre las condiciones sociales que lo propiciaron, es decir, algo dice el descubrimiento de aquella ley sobre las condiciones de la mediación ideológica de la ciencia. Al igual que dice mucho sobre el presente que esa ley se revise y se reinterpreté o se corrija. Esto es tan inevitable como que no es aconsejable hacer experimentos científicos con riesgo físico para la vida del científico, pero eso no tiene ninguna relación visible entre la objetividad de la ciencia, su preeminencia epistemológica, y el uso que de la topología científica se hace en el discurso literario.

Lo diré ya. El artículo de Sokal era una «parodia», así lo define su propio autor, en la que se usa el lenguaje de la crítica literaria y los estudios culturales, con una hábil mezcla de referencias científicas, para demostrar algo que a más de un lector ha de resultarle sorprendente, lo que se proponían probar los autores del artículo era esto: cualquier revista dedicada a los estudios multiculturales publicaría un artículo si a) sonaba bien, y b) si adulada los prejuicios ideológicos de los directores. Más aún, el artículo decía cosas, dice Sokal, que la ciencia moderna rechaza como evidentes absurdos, se trata de las frases que he señalado como las pruebas acusatorias número uno y dos.

Digo que ha de resultar sorprendente, porque, en este caso, es quizá el prurito científico de querer demostrar algo lo que llevó al señor Sokal a escribir, con harto trabajo, con generoso apoyo bibliográfico, este artículo, porque, a fin de cuentas, ¿alguien necesita que le demuestren que cualquier revista (incluidas las no dedicadas a los estudios multiculturales) publicará un artículo si a) suena bien; y si b) adula los prejuicios ideológicos de los directores? Ambos aspectos son importantes, y ambos aspectos merecen un comentario. ¿Cuál es la diferencia entre un artículo que suene bien y un artículo bien escrito? ¿Cuál es la diferencia entre los prejuicios ideológicos de una revista y sus principios programáticos? Porque un artículo que y) esté bien escrito; y z) se adapte a los principios programáticos de una publicación será difícil que sea rechazado por ésta. Pero si el artículo bien escrito se devalúa en forma de artículo «que suena bien», y los principios programáticos se degradan en «prejuicios ideológicos», entonces el lector advierte al momento que hay una carga descriptiva que no se compadece bien con el rigor de una explicación objetiva, sino que introduce de contrabando toda una calificación intencional que es precisamente lo que se desea probar: que las revistas multiculturales se rigen por «prejuicios ideológicos», es decir, por criterios de oportunismo político (?), de arbitrariedad epistemológica. Lo cual, de paso, invita al lector a pensar que las revistas científicas se rigen por principios diferentes, por principios objetivos, es decir, por los principios y) y z). Nadie mejor que el señor Sokal para saber que quizá un solo experimento no puede constituir una ley, de forma que el experimento, lejos de las inten-





ciones explícitamente anunciadas por su autor, lo que ha demostrado es que el señor Sokal sabe escribir un artículo a) que suena bien a los oídos de las revistas multiculturales), y b) que sabe adular los prejuicios ideológicos de todo un consejo de redacción de una de estas revistas. ¿Puede inferirse alguna ley de este hecho? ¿Acaso podría concluirse de este experimento que el señor Sokal puede seguir enviando artículos análogos a éste, con igual o parecido éxito, hasta agotar el catálogo de revistas multiculturales? ¿Será quizá la conclusión que las revistas multiculturales no saben lo que hacen? Me atrevo a suponer que cualquier científico desearía saber, como fundamento de su estudio, si se rechazan artículos en esas revistas, en las revistas multiculturales, y con qué informes. No será fácil hacer el estudio, pero el análisis de los artículos rechazados seguro que podría proporcionar una base para el estudio de estas revistas más interesante que la que pudiera proporcionar una inocentada pensada para sorprender la buena fe de un consejo de redacción. Éste sería, acaso, el camino que habría elegido un científico de verdad interesado en conocer la solvencia epistemológica de esas revistas. Pero acaso no sería menos interesante dirigir esos estudios también a las revistas científicas.

Las pruebas acusatorias que ha reunido el profesor Sokal merecen un comentario. A todo un consejo de redacción de una revista, adiestrado en la lectura de los textos platónicos, familiarizado con la delicada imaginación del obispo Berkeley, con el idealismo alemán y con el pensamiento de Einstein, ¿le sonará tan extraño lo de decir que «el múltiple espacio-temporal ya no existe como realidad física objetiva»? Y, por otra parte, afirmar que «el discurso de la comunidad científica, a pesar de su innegable valor, no puede arrogarse una condición epistemológica privilegiada en relación con otros discursos antihegemónicos que emanan de comunidades marginalizadas o disidentes» no es tan gran cosa. Sin recurrir a los grupos antihegemónicos, la comunidad científica tanto puede facturar una terapia para el cáncer como fabricar una bomba atómica, y es de todos conocido lo que el adjetivo científico aplicado a 'socialismo' ha podido hacer en el mundo contemporáneo. La frase es demasiado imprecisa, y habría que señalar, por encima de todo, de qué discurso y de qué comunidad científica se habla, pues así, de forma general, no hay datos para poder pronunciarse sobre las bondades o las perversiones de tal comunidad y de su discurso. A decir verdad, lo que dicen los grupos disidentes y antihegemónicos no va dirigido nunca hacia la propia ciencia, sino hacia los usos sociales que impulsan o modifican determinados hallazgos de la investigación científica, o los impiden. La oposición del par «hegemónico» frente a «marginal», por su parte, pertenece a un género de oposiciones sociales que poco tienen que ver con el discurso científico. Pero es el caso que esgrimir estas dos solemnes banalidades para descrédito de los estudiosos de las, así llamadas, humanidades me parece a mí que devuelve precisamente ese descrédito que se pretende provocar al propio autor de la broma.

Para complicar aún más las cosas, he aquí que en el consejo editorial de la revista *Social Text* figura como miembro eminente Stanley Fish, quien, una vez divulgada la inocentada, una vez conocidas las intenciones del bromista, se sintió obligado a salir al paso de lo que consideró que era una mayúscula necedad, y echó, confiadamente, su cuarto a espadas mediante un artículo en *The New York Times* que llevaba por título «El chiste malo del profesor Sokal» (21 de mayo de 1996), en

el que defendía la actitud de la revista y censuraba la intención y el pensamiento del profesor Sokal, señalaba sus errores, y vaticinaba las nefastas consecuencias que su actitud podría atraer al campo de los estudios de las humanidades y al campo de los estudios científicos. Traduzco dos párrafos que resumen lo fundamental de la argumentación del profesor Fish:

Esto quiere decir que es Sokal, no sus víctimas, quien trata de socavar los modelos intelectuales que dice querer proteger. Recordémoslo, la ciencia es un esfuerzo comunitario. No hay científico (ni, a decir verdad, sociólogo ni crítico literario) que empiece su tarea reconstruyendo desde cero los hechos de los que parte, los modelos que considerará ejemplares y los modelos a los que querrá mantenerse fiel.

Todo ello se lo ofrece la tradición de la que ya forma parte, y, en su gran mayoría, debe aceptarlos como artículos de fe. Debe aceptar como artículos de fe los informes que le ofrecen sus colegas, pues todos ellos se hallan en la misma posición, no puede empezar de cero, y depende, por ello, de la información que recibe de sus colegas investigadores. (A decir verdad, algunos físicos profesionales que leyeron su artículo de buena fe hallaron que sus argumentos tenían posibilidad de ser ciertos).

El artículo del profesor Stanley Fish es uno de esos modelos de argumentación en el que el deseo de tener toda la razón, en todos y cada uno de los puntos, aunque se contradigan entre sí o se solapen, hace dudar de si no se habrá cancelado la propia razón. Incluso en esta cita puede advertirse que no parece muy congruente presentar al profesor Sokal como perverso subversor de principios científicos para, a continuación, pasar a decir que algunos de sus razonamientos parecieron a algunos científicos tener «posibilidad de ser ciertos».

Pero no es esto lo más interesante, lo más interesante es que el profesor Stanley Fish, el alguacil alguacilado, a su vez, es autor de una de las bromas más divertidas del siglo pasado en el campo de la filología. El lector familiarizado con su obra sabrá ya, sin duda, que estoy refiriéndome a un artículo del libro de Stanley Fish, *Is There a Text in This Class?*, que lleva el título «How to Recognize a Poem When You See One», en el que el autor relataba cómo, en cierta ocasión, dejó a un grupo de estudiantes en una clase analizando un poema metafísico inglés (s. XVII), escrito en la pizarra. El poema era el siguiente:

Jacobs-Rosenbaum
Levin
Thorne
Hayes
Ohman (?)

Las interpretaciones de los alumnos fueron variadas, pero no es difícil imaginarse lo que unos buenos alumnos de doctorado de filología pueden hacer si se les estimula a que busquen interpretaciones en un poema. Se señaló, en primer lugar, que el poema bien podía ser un caligrama: cruz o altar. Jacobs, sin duda, era una referencia a la escala de Jacob, es la alegoría del ascenso del cristiano al cielo, pero, en este poema, la escala ha sido sustituida por un árbol: Rosenbaum, el cual, a su vez,





era una referencia a la Virgen María, rosa sin espinas, símbolo de la Inmaculada Concepción. ¿Cómo es que puede llegarse al cielo subiendo por un rosal?, se preguntaron los estudiantes: a través del fruto de María: Jesús; interpretación reforzada por la presencia de la palabra *Thorne* ('espinas'), alusión a la corona de espinas, símbolo del juicio padecido por Jesús; aceptado todo esto, se habían allanado las dificultades y podía decirse sin reparo que Levin era una doble referencia, en primer lugar a la tribu de Leví, cuya función sacerdotal hereda Jesús, en segundo lugar al pan sin levadura que llevaban los israelitas en el éxodo por el desierto. La última palabra podría ser *omen* ('augurio', 'agüero'); *Oh, man* ('¡Ah, el hombre!'); o *amen* ('amén').

Como se ve, puede exhibirse, sin dificultad, todo un escaparate de motivaciones religioso-teológicas con la simple conjunción de estos nombres. Sin embargo, la verdad era muy otra. Lo cierto es que no había tal poema, y lo que había dejado escrito en la pizarra el profesor Stanley Fish se correspondía con los nombres de otros tantos lingüistas que había necesitado escribir en la pizarra en la clase anterior: Roderick Jacobs y Peter Rosenbaum (que colaboraron juntos en un libro, de ahí su unión en el primer verso), Samuel Levin, J.P. Thorne, Curtis Hayes, Richard Ohmann. El último autor aparecía acompañado por una interrogación, porque el profesor, Stanley Fish, no recordaba exactamente si el nombre se escribía con una o con dos *enes*. Había reunido en la pizarra estos nombres el hecho de que todos ellos de una forma u otra se hubieran relacionado con la crítica literaria a través de sus estudios de lingüística. El resto del artículo del profesor Fish se destinaba a explicar cómo la literatura era no tanto un campo objetivo de conocimientos, cuanto un campo de conocimientos cuyo objeto podía reconstruirse voluntariamente en función de ciertas necesidades sociales.

Curiosamente, el mal chiste del profesor Sokal se parece bastante al ¿buen chiste? del profesor Fish. Sin duda, muy olvidado debía de tener lo que escribió en su día el profesor cuando se atrevió a decir: «la ciencia es un esfuerzo comunitario. No hay científico (ni, a decir verdad, sociólogo ni crítico literario) que empiece su tarea reconstruyendo desde cero los hechos de los que parte, los modelos que considerará ejemplares y los modelos a los que querrá mantenerse fiel». ¿No es precisamente de la revisión de sus principios de lo que vive la ciencia y, para el caso, de lo que vive todo discurso crítico? Pues bien, en este sentido, sólo en éste, el profesor Sokal tiene toda la razón: tiene legítimo derecho a investigar los principios sobre los que descansan las decisiones que se toman en el ámbito de la socialización de la ciencia y del pensamiento. Al igual que, en su día, lo tuvo el profesor Fish para hacer lo que hizo con la zarandeada credulidad de los estudiantes y con los no menos zarandeados fundamentos epistemológicos de las categorías literarias fundamentales. Pero estas actitudes se igualan en un punto, y hacen idénticos a los dos investigadores: ambos pretenden conocer la posibilidad de objetividad que cabe en las ideas que manejamos de forma cotidiana.

Es harina de otro costal, sin embargo, estar de acuerdo con los hallazgos del profesor Sokal, porque en este caso convierte el físico en apoteosis universal lo que no es sino una manifestación aislada de un tipo de discurso crítico que ya había dejado de ser interesante hace mucho tiempo. Me permitiré demostrar esto de forma incontestable mediante una cita que, desde el campo del análisis de la crítica

literaria y de la posmodernidad, en general, se escribió varios años antes de que el profesor Sokal sintiera la tentación de tomar el pelo a los adeptos del multiculturalismo. Retrocédase, pues, al año 1991, cinco años antes de la publicación del artículo del profesor Sokal; búsquese cualquier introducción a los problemas planteados por la configuración ideológica de los postulados de la posmodernidad, sobre todo en el área de las ciencias:

Esto lo refuerza el hecho de que, tras considerar el problema, el análisis que hace Lyotard de la condición del conocimiento científico no es posible desde muchos puntos de vista. Aunque es cierto que la forma en que se lleva a cabo la investigación en muchas universidades y fuera de ellas está sometida a consideraciones de uso inmediato y rendimiento, y no debido a puras consideraciones del avance del conocimiento científico, es difícil ver de qué forma precisa esto se relaciona con sus argumentos a favor de una ruptura del consenso científico dentro de las propias ciencias. Son bien conocidas las actividades científicas en que son interesantes los problemas que presenta Lyotard, las matemáticas y la física teórica, pero son éstas, en conjunto, las que más han sufrido por parte del deseo de la instrumentación de las ciencias. Lyotard pinta un retrato de la disolución de la ciencia en un frenesí de relativismo en el que el único objetivo es salir corriendo alegremente de los enmohecidos y viejos paradigmas y echar a patadas los viejos procedimientos operacionales para buscar exóticas formas de lo ilógico. Pero no es así. Si hay formas de las ciencias puras (las matemáticas y la física teórica son, una vez más, los mejores ejemplos) que se ocupan de explorar diferentes estructuras de pensamiento para comprender la realidad, entonces está claro que estas ciencias siguen ligadas, en conjunto, a modelos de racionalidad, de consenso y de correspondencia con verdades demostrables⁵.

Es evidente que una denuncia de esta índole, hecha desde dentro, es decir, desde dentro del sistema de valores que también ha hecho nacer a los teóricos de la posmodernidad, no reclamará para sí la cuota de popularidad y de escándalo de la que ha gozado mercedamente el artículo del profesor Sokal, pero es que, al igual que ocurre en el terreno de las ciencias, el campo de estudios de las ciencias humanas, de la filología, no es un campo en el que dejen de librarse batallas, y no es un campo en el que las cosas ocurran sin debate ni análisis. Las preocupaciones del profesor Sokal ya habían sido objeto de debate por parte de estudiosos de toda índole, y las conclusiones del debate no fueron muy diferentes de aquéllas a las que llegó el profesor Sokal, no podía ser de otro modo.

Tras una lectura atenta del artículo del profesor Sokal, quedan por saber varias cosas, pero mencionaré sólo dos: 1) ¿por qué una acusación que se había hecho de muchas otras formas sólo adquirió dimensiones internacionales después

⁵ Traduzco esta cita de un excelente estudio de los problemas de la posmodernidad: Steven CONNOR, *Postmodernist Culture: An Introduction to Theories of the Contemporary*, Oxford, Basil Blackwell, 1991 (1.ª ed. 1989), p. 35.

de su degradación en forma de broma de escaso gusto?, 2) ¿qué quiere decir exactamente el profesor Sokal?

Respecto de la primera sólo puede ofrecerse algo semejante a una conjetura, nada propio de discursos marginales y de disidencias antihegemónicas, sino una reflexión sobre el mundo del pensamiento en materia de teoría literaria y de teoría, en general, sobre todo en los Estados Unidos. En este país, desde hace muchos años, las turbulencias de los estudios literarios, más visibles en el postestructuralismo, han dejado un mundo que espera ávidamente cualquier novedad en el campo de la teoría, y esta actitud refleja una ansiedad que se compadece muy mal con el sosiego y objetividad que deben presidir estos estudios; añádase a esto el hecho de que lo marginal, lo disidente y lo antihegemónico han erigido aduanas y barreras de toda índole para ejercer una salvaguardia de unos derechos de naturaleza política que pueden reclamarse precisamente porque no afectan a nada fundamental. La teoría ha conseguido convertirse en fin en sí misma, y ha creado unas condiciones de trabajo lo suficientemente enrarecidas como para que no se dé un solo paso, en ninguna dirección, sin que el comisario político que tutela la corrección política de la teoría literaria aparezca para dar un tirón de orejas al que se desvíe de su camino. En el fondo, ¿no es precisamente eso lo que ha hecho el profesor Sokal? En nombre de la ultracorrección política se permite señalar las faltas de una larga nómina de pensadores, muchos de los cuales sostienen teorías divergentes y aun opuestas entre sí.

Lo que quiere decir exactamente el profesor Sokal es que en las ciencias humanas se abusa del lenguaje figurado, y que en éste desempeñan un lugar eminente las comparaciones científicas. Muy bien, ¿y qué?, ¿se trata acaso de algo nuevo?, ¿se trata acaso de algo que influya de forma determinante en la calidad de los pensamientos expuestos? A mi juicio, no; el hecho de que todos los autores que ha mencionado el profesor Sokal hayan incurrido en los disparates que él señala no invalida ningún pensamiento, no arroja ninguna luz sobre la actividad intelectual de filólogos y críticos o pensadores. En pocas palabras, lo que dice el profesor Sokal es que debe tenerse gran cuidado con el lenguaje figurado, y no creo que pueda hallar un grupo de personas profesionalmente más dispuesto a atender a sus enseñanzas en este terreno. Porque es precisamente este terreno, el del lenguaje figurado y el de la oportunidad de los procesos de metaforización, el que más quebraderos de cabeza puede ofrecer al estudioso, hoy y siempre, porque, lo repito, ¿se trata de algo que pueda sorprender a alguien interesado en los estudios literarios? Voy a retroceder en esta ocasión unos años más atrás, para evitar toda sospecha de que el posmodernismo tenga alguna relación con el asunto que aquí se debate. En 1929, a un profesor británico le preocupaban las dificultades de los procesos de metaforización:

El hecho más inquietante e impresionante deducido de este experimento es que una gran proporción de buenos (y en algunos casos sin duda abnegados) lectores de poesía, con gran frecuencia *no consiguen comprender un poema*, ni como exposición ni como expresión. No logran exponer su sentido llano, su significado simple y obvio, en frases de un inglés ordinario e inteligible, dejando aparte cualquier otro significado poético. Y del mismo modo entienden mal su sentimiento, su tono y su intención; todo lo más, lo parodian en una paráfrasis. Lo interpretan mal del mis-



mo modo que un colegial no logra traducir un fragmento de César. Cuán graves efectos tiene en muchos casos esta incapacidad, es cosa que tendremos que estudiar con cuidado. No ocurre sólo en una clase de lectores, las víctimas no son sólo las que ya esperábamos. Y tampoco ocurre sólo en la poesía más difícil. A decir verdad, digámoslo de una vez, la verdad cruel es que en ningún caso nadie está inmune de caer en éste ni en ninguno de los peligros de la crítica, ni siquiera el más reputado profesor⁶.

En efecto, quizá el profesor Sokal debería haber reflexionado en que «la verdad cruel es que en ningún caso nadie está inmune de caer en éste ni en ninguno de los peligros de la crítica, ni siquiera el más reputado profesor». Así es, y así son las cosas.

El exceso de fe en las posibilidades de la teoría, de la teoría de la literatura, más concretamente, ha llenado este campo de toda suerte de experimentos, más o menos logrados, más o menos interesantes. El correctivo administrado, por manos más sabias que las del profesor Sokal, a este tipo de estudios, no debe hacer que el péndulo se desvíe ahora en dirección opuesta, y que a los años de abundancia les sucedan ahora años de escasez.

El célebre libro de William Hazlitt, del que me he servido para dar título a estas notas, *El espíritu de la época*, consiste, como se sabe, no en una descripción de hábitos sociales o en una investigación o exposición de doctrinas, sino en una larga nómina de los nombres que contribuyeron decisivamente, según Hazlitt, a forjar precisamente el espíritu de su época, según lo veía encarnado en sus mejores representantes, los mejores representantes del espíritu del Romanticismo británico. Precisamente el profesor Sokal escribe también su lista de autores que han contribuido de forma determinante a crear ese espíritu de la época: Lacan, Kristeva, Latour, Baudrillard, Deleuze, Guattari, Virilio. No todos estos críticos representan lo mismo, y no puede ni siquiera decirse que sus obras sean uniformes o que tengan el mismo interés en todas sus diferentes manifestaciones. Sin duda, hay otros autores que no se hallan en esta lista, y que quizá otorguen una coloración diferente al espíritu de la época. Una coloración más agradable o menos agradable, según los casos. La inocentada del profesor Sokal quizá haya servido para dar a conocer algo que sin su intervención ya había empezado a dar frutos. La revisión del postestructuralismo es una tarea que ya se está abordando. Precisamente, la broma del profesor Sokal muestra que ya hay una corriente a favor de la cual se puede nadar, pero hace temer también que los excesos y alegrías de tres decenios invertidos de forma casi obsesiva en la teoría, en la teoría de la literatura, puedan convertirse en una larga época de escasez teórica, en una época en la que la teoría se proscriba quizá con tan poca razón como se estimuló su cultivo en el pasado.

⁶ I.A. RICHARDS, *Lectura y crítica*, Barcelona, Seix Barral, 1967, pp. 22-3.